



Evangelio según la Comunidad de Marcos



Un día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: "Vamos a la otra orilla." Dejando a la gente, se lo llevaron en la barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó un fuerte huracán, y las olas rompían contra la barca hasta

casi llenarla de agua. Él estaba a popa, dormido sobre un almohadón. Lo despertaron, diciéndole: "Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?" Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: "¡Silencio, cállate!"

El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: "¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?" Se quedaron espantados y se decían unos a otros: "¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!"

Mc. 4,35-40

Aviso a la Comunidad

- ✚ El sábado día 26.06.21 nuestros jóvenes recibirán el sacramento de la Confirmación. Iglesia de St. Bonaventura – RS-Lennep a las 18,00 horas
- ✚ En las colectas del tiempo de Cuaresma se han recogido 1.020 €. El dinero se ha repartido así: 320,-€ para Misereor y 700,-€ para Padre Waldemar en Latinoamérica.
- ✚ La última misa de éste curso se celebrará el domingo 27.06.2021



Reflexión al Evangelio

Apenas se oye hablar hoy de la «providencia de Dios». Es un lenguaje que ha ido cayendo en desuso o que se ha convertido en una forma piadosa de considerar ciertos acontecimientos. Sin embargo, creer en el amor providente de Dios es un rasgo básico del cristiano.

Todo brota de una convicción radical. Dios no abandona ni se desentiende de aquellos a quienes crea, sino que sostiene su vida con amor fiel, vigilante y creador. No estamos a merced del azar, el caos o la fatalidad. En el interior de la realidad está Dios, conduciendo nuestro ser hacia el bien.

Esta fe no libera de penas y trabajos, pero arraiga al creyente en una confianza total en Dios, que expulsa el miedo a caer definitivamente bajo las fuerzas del mal. Dios es el Señor último de nuestras vidas. De ahí la invitación de la primera carta de san Pedro: «Descargad en Dios todo agobio, que a él le interesa vuestro bien» (1 Pedro 5,7).



Esto no quiere decir que Dios «intervenga» en nuestra vida como intervienen otras personas o factores. La fe en la Providencia ha caído a veces en descrédito precisamente porque se la ha entendido en sentido intervencionista, como si Dios se entrometiera en nuestras cosas, forzando los acontecimientos o eliminando la libertad humana. No es así. Dios respeta totalmente las decisiones de las personas y la marcha de la historia.

Por eso no se debe decir propiamente que Dios «guía» nuestra vida, sino que ofrece su gracia y su fuerza para que nosotros la orientemos y guiemos hacia nuestro bien. Así, la presencia providente de Dios no lleva a la pasividad o la inhibición, sino a la iniciativa y la creatividad.

No hemos de olvidar por otra parte que, si bien podemos captar signos del amor providente de Dios en experiencias concretas de nuestra vida, su acción permanece siempre inescrutable. Lo que a nosotros hoy nos parece malo puede ser mañana fuente de bien. Nosotros somos incapaces de abarcar la totalidad de nuestra existencia; se nos escapa el sentido final de las cosas; no podemos comprender los acontecimientos en sus últimas consecuencias. Todo queda bajo el signo del amor de Dios, que no olvida a ninguna de sus criaturas.

Desde esta perspectiva adquiere toda su hondura la escena del lago de Tiberíades. En medio de la tormenta, los discípulos ven a Jesús dormido confiadamente en la barca. De su corazón lleno de miedo brota un grito: «Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?». Jesús, después de contagiar su propia calma al mar y al viento, les dice: «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?».

José Antonio Pagola

La vida es como un gran partido

La sabiduría popular dice que el deporte es sano, se refieren a una salud fisiológica y corporal. También se habla del deporte como lugar para educar en valores, para favorecer la integración social, como opción favorable de ocio para jóvenes, para aprender a vivir la frustración y el fracaso. El deporte enseña de la vida, cierto, pero si algo se aprende al hacer deporte en sus diversas modalidades es algo más profundo, el cómo enfrentarse a la vida. Uno puede pasar por la vida con muy diversas actitudes, y una puede venir marcada por esa frase tan repetida en los vestuarios antes de salir a competir: «¡¡¡A TOPE, CHAVALES!!!» Es decir, que se puede vivir intentando «Darlo Todo Siempre».

Así puede ser nuestra existencia: vivida a tope o a medias; y lo que hace que uno pueda disfrutarla hondamente es el vivir a tope: en los estudios, en la familia, en las celebraciones, en las amistades, etc. El Evangelio nos invita a entregarnos, a dar la vida por los demás. Y la vida es la vida, no sólo un trocito de ella. Es evidente que el fruto de nuestro esfuerzo no depende sólo de nosotros, pero en nuestra mano sí que está el intentarlo como si así fuese.

La vida es como un gran partido en el que se puede acabar perdiendo pero contento de haber hecho todo lo posible, y en el que se puede ganar pero tener el vacío y desasosiego de haberse reservado energías y de haber podido hacerlo mejor. En la vida hay muchas cosas que están cuesta arriba: acabar unos



estudios, conseguir un buen empleo, tener una personalidad propia, llevar a cabo una vocación, incluso alcanzar la propia felicidad. Decía José Luis Martín Descalzo que «ninguna felicidad verdadera es barata», por ello creo que todo lo realmente valioso en la vida supone algún tipo de esfuerzo, y aquí es donde el deporte nos enseña a luchar y a desgastarnos por aquello que merece la pena.

El vivir a medias es un modo de no vivir. Darlo todo a tope, siempre, eso es vivir... pero claro está que cuesta, y que es difícil. Por eso es necesario entrenar, ir esforzándose en pequeñas cosas que nos van haciendo crecer en entrega. Y, por supuesto, confiar en que el trabajo dará su fruto y que el Señor obrará en nosotros. Nadie ha dicho que no suponga un esfuerzo (pregúntenselo a cualquier deportista que pasa horas y horas entrenando para mejorar una minucia), pero vale la pena arriesgar y gastar el tiempo en ello. La vida merece ser amada y, por ello, merece la pena ir desgastándose por crear vida alrededor, merece la pena vivir a tope.

Fonfo Alonso-Lasheras